



El juicio a Sócrates, "el más sabio de los griegos"

Carlos García Gual



Simetría de las palabras

Bárbara Mingo Costales

Lenguaje / Pág. 3



Preguntas fundamentales de fe

Opus Dei

Espiritualidad / Pág. 10



Murcia, una ciudad azul

Geografía / Pág. 12



SEMILLAS



La ley de la selva

Irene Vallejo

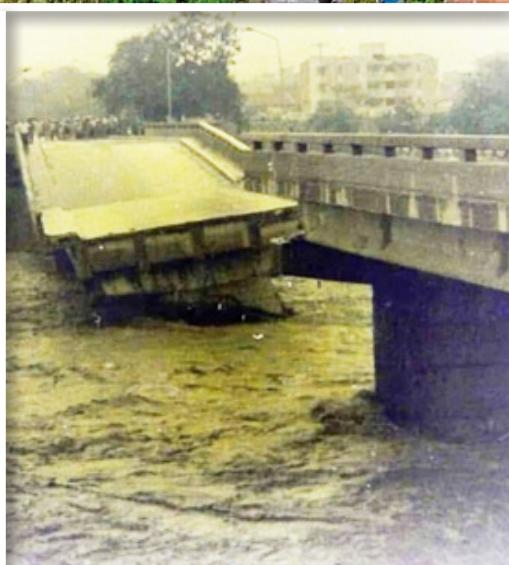
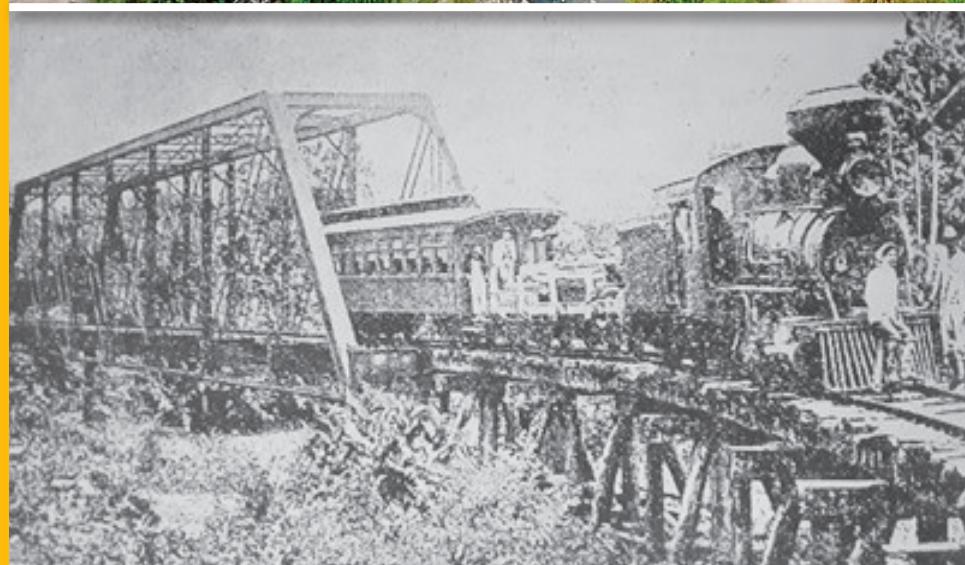
Nº 76



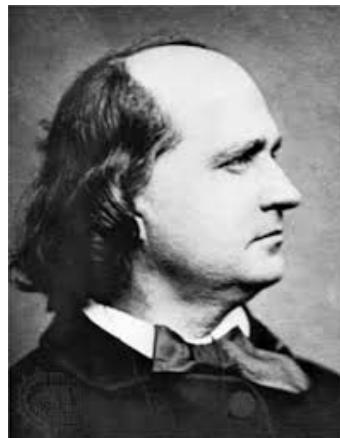
El puente sobre el Rio Pamplonita en el barrio San Luis

Gastón Bermúdez Vargas

Cucutaneidad / Pág. 6 y 7



“El viento de otoño, los ruidos lejanos de los mares igual, llena de despedida solemne...”



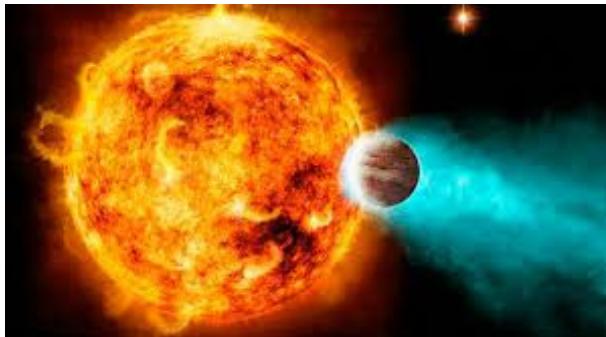
CHARLES MARIE
RENÉ LECONTE DE LISLE

(Saint-Paul, isla de Reunión; 22 de octubre de 1818-Voisins-le-Bretonneux, 17 de julio de 1894)

LA MUERTE DEL SOL

El viento de otoño, los ruidos lejanos de los mares igual,
lleva de despedida solemne, de quejas desconocidas,
equilibrio tristemente a lo largo de las avenidas
¡Los macizos pesados enrojecidos de tu sangre, oh sol!

Las hojas en remolinos despegan los desnudos;
y vemos oscilar, en un río bermejo,
a las aproximaciones de tarde inclinados al sueño,
de grandes nidos teñidos de púrpura al cabo de las ramas desnudas.



¡Cae, astro glorioso, fuente y antorcha de día!
Tu gloria en manteles de oro que fluye de tu herida,
Así como de un pecho poderoso cae un amor supremo.

¡Muere pues, renacerás! La esperanza está segura de eso.
Pero quien reanimará la llama y la voz
¿Al corazón quién se estrelló por última vez?

A UN POETA MUERTO



Tus ojos erraban, alterados por luz,
del color divino al contorno inmortal
y de carne viva al esplendor del cielo,
duerme en paz en la noche que sella tu párpado.

¿Ver, entender, oler? Viento, humo y polvo.
¿Gustar? La copa de oro contiene sólo la hel.
Así como un Dios lleno de aburrimiento que deja el altar,
vuelve y dispérsate en la materia inmensa.

Sobre tu mudo sepulcro y tus huesos consumidos
qué otro vuelque o no las lágrimas acostumbradas,
qué tu siglo común te olvide o te renombre;

Te enviendo, en el fondo de la tumba tranquila y negra,
de ser liberado de vivir y no saber más,
de la vergüenza de pensar y el horror de ser un hombre.

PAISAJE POLAR

Mundo muerto, espuma inmensa de mar clandestino,
Abismo de sombra estéril, fulgores espectrales,
Pihuelas convulsivas estiradas en espirales
Que la niebla amarga hace perder amino.

Un ávido infierno, cielo rugoso en remolinos,
Donde se oyen los sordidos clamores sepultares,
Las risas, los sollozos, los llantos agudos fantasmales
Que un viento siniestro arranca del clarín mortecino.

Corroídos por olas voraces, sobre las altas cimas,
Congelados en su sueño frío y cadavérico,
Duermen los viejos dioses de las antiguas culturas;
Y los grandes osos, blanqueados por nieves grimas.

Aquí y allá, mecieron sus cuellos epilépticos,
Ebrios y monstruosos, babeando lujurias oscuras.



Simetría de las palabras

BÁRBARA MINGO COSTALES

Por la tarde, después de haber dado una larga caminata bajo el sol primaveral, me tumbo en el sofá y me pongo a leer un libro. Es *Sombra do aire na herba*, del poeta lucense Luis Pimentel, nacido en 1895. En la biografía del principio se describe la plaza mayor tal y como era durante su infancia, con una fuente con leones y con la “fronda de negrillos”. Yo no lo sabía, pero lo aprendo ahora: los negrillos son los olmos, es otro nombre que llevan. Es un grupo de olmos, pero son también una de las alas de una mariposa, y eso lo aprenderé más tarde.

Por la noche me meto en la cama con Papeles falsos, de Valeria Luiselli, y leo un párrafo sobre el origen de la palabra saudade que acaba así: “Pudo incluso haber sido un instrumento musical de las costas de Mozambique, como también es probable que fuera el nombre de una negra frondosísima de las selvas de Guinea Bissau”. Primero echo de menos alguna palabra, no sé cuál, porque me chocaría que negra funcionase ahí como sustantivo, y como adjetivo no sé a qué se puede referir. Pero entonces recuerdo la esquina de la plaza de Luis Pimentel, la fronda de negrillos que hace unas horas también me ha hecho levantar la mirada del libro: fronda de negrillos, negra frondosísima, qué curioso que los dos sintagmas un poco chocantes con que me he topado hoy se parezcan tanto, tengan ese aire especular, con el diminutivo de negrillos reflejado en el superlativo de frondosísima (que además semánticamente indica también una abundancia). Encuentro que los dos sintagmas, en su simetría vistosa, en su imprimación por el movimiento repetido, son como las alas izquierda y derecha de una mariposa.

Achaco estas coincidencias a movimientos sutiles que nuestra razón no sabe descifrar, pero que funcionan como recuerdos desde el mundo inconsciente. Hay épocas en las que desde ese mundo se nos tira más a menudo de la manga ráida y cotidiana. Quizá lo que sí pueda hacer la razón, con su capacidad catalogadora, sea reconocer los signos que distinguen a esas épocas.

Por otro lado, al leer los poemas de Luis Pimentel, encuentro muchos ejemplos de saudade, aunque sigamos sin saber de dónde viene la palabra.



Ya sugestionada puedo reconocer otras frases mariposa, que a su vez se acercan atraídas por la circunstancia volantina. Lo que pasa por ejemplo es que se estropea el lavaplatos, y cuando llamamos a un técnico para que le eche un ojo, dice que cobra 36 euros por venir. Y añade que, si lo arregla, no cobra. La lógica silogística dice que la frase que sigue es que, si no lo arregla, cobra, y me echo a reír, porque parecería que vivimos en un cuento de Lewis Carroll y porque nunca dejan de aparecer ejemplos de que el orden lingüístico y el sentido común de la vida cotidiana andan a la greña, pero ¿no debería más bien verlos ahora, al orden y al sentido, como las dos alas que permiten el vuelo?

Si podemos comprender las frases que involuntariamente dicen una cosa diferente de la que pretenden, es porque son como imprimaciones de la frase que se quería decir, porque podemos reconocer el modelo en la huella, aunque sea leve, ya que nuestro cerebro se maneja bien en la simetría.

Colecciono (un verbo que también atrae a las mariposas) frases que por imprecisión o descontextualización acierran. Es bonito que podamos ver los dos sentidos a la vez, lo que se dice literalmente y lo que se ha pretendido decir, como en esos dibujos en que se ve a un viejo y a un joven a la vez, o un jarrón y a dos perfiles que se miran. A ver qué dice Cirlot en su diccionario de símbolos. “Mariposa: Entre los antiguos, emblema del alma y de la atracción inconsciente hacia lo luminoso [...]” “Ojo: La expresión de Plotino: que el ojo no podría ver el sol si no fuese en cierto modo un sol, expone el fondo y la esencia de la cuestión [...]” Y Artemidoro, en su interpretación de los sueños: “[...] Tener tres, cuatro o más ojos es una buena señal tanto para el que desea casarse como para el que no tiene prole. El uno conseguirá una esposa, y el otro un hijo. De esta forma existirá un mayor número de ojos en torno a una sola persona [...]” No encuentro que Artemidoro dejase nada sobre las mariposas. Ahora pienso que, más que volar, las mariposas parecen estar colgadas de un hilo invisible que alguien moviera.





El juicio a Sócrates, “el más sabio de los griegos”

CARLOS GARCÍA GUAL

Universidad Complutense de Madrid

Orría el año 399 a.C. cuando el filósofo Sócrates, ya septuagenario, fue llevado a juicio en Atenas, acusado por sus enemigos de un grave delito: impiedad. Conocemos bien el texto de la acusación, que decía así: «Presenta denuncia bajo juramento Meleto, hijo de Meleto, del demo de Pitto, acusando a Sócrates, hijo de Sofronisco, del demo de Alópece: Sócrates comete el delito de no reconocer a los dioses en que cree la ciudad, e introduce nuevas divinidades. También delinque corrompiendo a los jóvenes. Pena solicitada: la muerte».

El delito de impiedad (*asébeia*) se había introducido en la legislación ateniense hacía unas décadas. Un tal Diopites, tal vez un sacerdote o adivino, lo había propuesto durante la guerra del

Peloponeso, y desde entonces ya se había aplicado en otros casos, casi siempre con intención de perseguir a un rival político. Tal fue el caso de Sócrates. Su acusador, Meleto, un joven poeta o un trágico de poca valía, actuaba en nombre de otros dos personajes llamados Ánito y Licón, bien conocidos como políticos demócratas en Atenas.

El propósito último de la acusación era claro: querían silenciar para siempre a un individuo demasiado molesto como crítico de las tradiciones y al que muchos identificaban como un sofista más, es decir, como uno de aquellos falsos sabios que habían introducido el despegue a la religión e ideas perturbadoras entre la juventud. Otros recordarían que entre los amigos y secuaces de este extraño «sabio» callejero habían estado el gran Alcibiades y el tiránico Critias, dos políticos a los que muchos consideraban enemigos de la democracia.

A Sócrates se le acusó de incitar a los jóvenes a

despreciar a los dioses griegos. A la derecha, templo dedicado a Atenea, patrona de Atenas, en el Partenón.

Habían pasado cinco años del final de la guerra del Peloponeso, y aunque una amnistía general había puesto fin a las disensiones entre el partido oligárquico —que había patrocinado en el 404 a.C. el régimen de los Treinta Tiranos— y el bando popular, que logró pronto la restauración de la democracia, sin duda quedaban muchos rencores en la sombra entre los atenienses. En tal ambiente y con esas notas de trasfondo se planteaba el juicio del inquietante Sócrates.

Sócrates fue juzgado por un tribunal popular. Éste, compuesto por 500 o 501 ciudadanos, debía dar su sentencia tras escuchar al acusador y al acusado. Platón y Jenofonte, dos de los discípulos de Sócrates, recogieron el largo discurso que el filósofo pronunció en esa ocasión. Decidido a evitar cualquier gesto de súplica, Sócrates expuso la conducta que había mantenido toda su

vida, que en su opinión siempre había estado al servicio de la verdad y de la educación de sus conciudadanos.

Declaró que nunca había actuado como sofista, pues ni daba clases ni cobraba por ellas ni tenía escuela, y que siempre fue un buen ciudadano. Como prueba de esto último recordó su participación en las batallas de Potidea, Anfípolis y Delion, durante la guerra del Peloponeso. También negó que fuera un enemigo de la democracia, pues se había negado, afrontando con ello un peligro personal, a obedecer un mandato de los Treinta Tiranos.

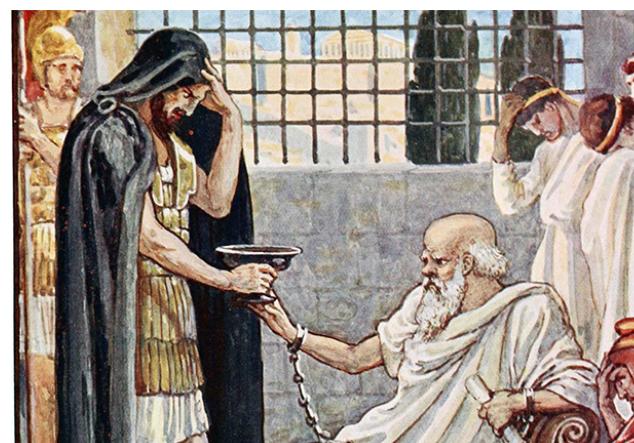
Sócrates insistió en que su propósito no era intervenir en los asuntos y procesos de la democracia, sino únicamente perfeccionar la moral de los ciudadanos instándoles a que se cuidaran de saber lo esencial. De ahí su hábito de preguntar a unos y otros qué era la virtud, la justicia, la piedad, el auténtico bien, animándolos a buscar respuestas a esas cuestiones sin preocuparse del dinero o el poder. Sócrates se atrevió incluso a recordar cómo el oráculo de Delfos, consultado en cierta ocasión por su viejo amigo Querefonte, le había reconocido como «el más sabio de los griegos». Él mismo no comprendió al principio esta sentencia, hasta que descubrió que era por reconocer que no sabía nada.

La apología entonada por Sócrates debió de parecer desconcertante, y a la vez un tanto arrogante, a la mayoría de los jueces, que lo declararon culpable, aunque tan sólo por una pequeña diferencia de votos. En Atenas, los condenados en esta primera votación tenían el derecho de proponer una pena alternativa a la solicitada previamente por la acusación, que en el caso de Sócrates era la muerte.

El filósofo pronunció seguidamente un segundo discurso en el que se reafirmó en su actitud e insistió en presentarse como un benefactor de todos sus conciudadanos. Como tal, proponía a los jurados que se le mantuviera en el Pritaneo (sede del gobierno de Atenas), subvencionado por la ciudad como si fuese un héroe o un vencedor de los Juegos Olímpicos. Sócrates agregó que, por complacer a sus amigos, aceptaría pagar una pequeña multa, pero a lo que no estaba dispuesto era a cambiar de conducta, porque no temía a la muerte.

Aristófanes hizo sarcásticas críticas de la sociedad de su tiempo, algo a lo que sus conciudadanos eran muy aficionados. En la imagen, dos actores se visten para salir a escena. Siglo V a.C. Museo de Bellas Artes, Boston.

Además, en el Más Allá su alma podría encontrarse con gente muy digna y continuar allí sus diálogos: «Pasar el tiempo examinando e investigando a los de allí, como ahora a los de aquí, para ver quién de ellos es sabio, y quién cree serlo y no lo es [...] sería el colmo de la felicidad».



Tras este alegato se celebró la segunda votación, en la que el jurado lo condenó a muerte por una mayoría de 280 frente a 220 votos, bastante más holgada que la anterior. En unas breves palabras de despedida, Sócrates perdonó a los jueces e insistió en que nadie sabía si la muerte es un bien o un mal.

EL FINAL DE UN FILÓSOFO

Aunque la ejecución de los condenados a muerte solía ser casi inmediata a la lectura del veredicto, en el caso de Sócrates se retrasó un mes. El juicio había coin-

cidido con las fiestas Delias, en las que un barco iba de Atenas a la isla de Delos para el festival en honor de Apolo.

En ese tiempo no era lícito ejecutar a nadie, y sucedió que los vientos retrasaron la vuelta del navío esos treinta días. Durante ese período, los amigos pudieron acudir a visitar al preso y charlar con él. En el diálogo de Platón titulado Critón se cuenta cómo sus discípulos le propusieron una fácil fuga de aquella prisión, a lo que Sócrates se negó, pues quería obedecer las leyes de la ciudad en la que siempre había vivido.

En el Fedón, Platón cuenta la conversación de Sócrates con sus amigos en las últimas horas de su vida. El filósofo trató de consolarlos discutiendo sobre la inmortalidad del alma, con varios argumentos y un relato mítico sobre el juicio de las almas en el otro mundo celeste. Finalmente, Sócrates se despidió de ellos, bebió la cicuta y murió cuando el veneno le paralizó el corazón. Antes dejó una frase enigmática: «Debemos un gallo a Asclepio», ¿era ironía, porque Asclepio es el salvador divino de las enfermedades y Sócrates iba a curarse ya de la del vivir?



El puente sobre el Río Pamplonita en el barrio San Luis

Según la historia, para el 22 de julio de 1.897 la Compañía del Ferrocarril de Cúcuta puso en funcionamiento la Línea de La Frontera y fue necesario importar desde Inglaterra un puente metálico para poder atravesar el río Pamplonita. Así entró en funcionamiento, a finales del siglo XIX el llamado originalmente puente 'San Luis'.

La línea de La frontera fue diseñada para beneficio de las dos naciones, Colombia y Venezuela. Durante su construcción se pasaron muchas penurias para conseguir su financiamiento, sin embargo, bajo los diferentes esquemas que se manejaron y con una gerencia seria y responsable, por fin se logró culminar la obra y arrancar las operaciones para beneficio de los habitantes fronterizos.

Durante los primeros años estuvo operando apropiadamente hasta que la situación financiera se dificultó, no porque fuera un mal negocio, sino que se complicó en ambos países la situación política y económica.

En Colombia fue afectado el manejo de la compañía Ferrocarril de Cúcuta, por decisiones de intereses políticos a consecuencia particularmente de la Guerra de los Mil Días que, tuvo en Cúcuta su peor momento con el Sitio de Cúcuta a mediados del año 1900, e involucramientos del gobierno venezola-

no mediante apoyos a uno de los bandos en conflicto, afectando las exportaciones. Además, se ordenó por parte de la presidencia de Venezuela la suspensión de la navegación por el río Catatumbo hasta el Lago de Maracaibo, que era la salida al mar de las regiones de los Andes de Colombia y Venezuela.

No fue sino a partir de mediados de 1904 después de finalizada la Guerra que, comenzaron a normalizar las operaciones, cuando la Compañía pudo retomar nuevamente sus funciones administrativas y funcionales e inmediatamente, la infraestructura de la línea fue sometida a reparaciones de todos los daños producto del conflicto.

Posteriormente el éxito comercial principalmente de la línea férrea de La Frontera, fue creciendo y su mejor momento fue en la década de los años 20 del siglo XX. Ambos países se esmeraron en

hacer esfuerzos para optimizar el costo y calidad del transporte de pasajeros y mercancías como, por ejemplo, con la llegada del transporte automotor a la región se esmeraron en el plan de mejoramiento de carreteras especialmente en Venezuela y la construcción de la transandina 1925, la interconexión entre los ferrocarriles del Táchira y Cúcuta efectuada en 1926 y la

construcción del puente 'Bolívar', unión internacional sobre el río Táchira, inaugurado en 1927. Así que, las acciones fueron favoreciendo preferencialmente al medio de transportación automotor.

En base a lo anterior el gobierno colombiano por orden del presidente



GASTÓN BERMÚDEZ VARGAS

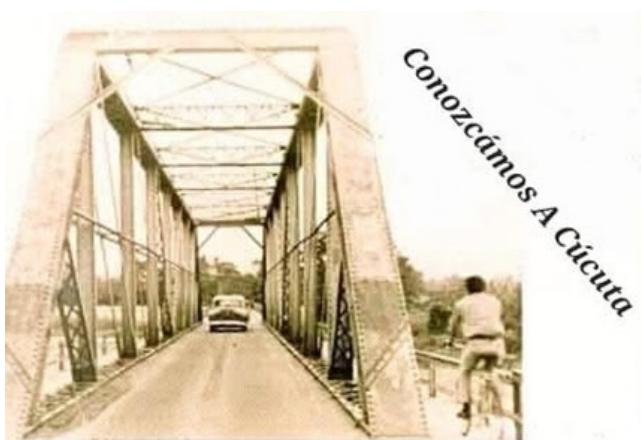
**Cúcuta, Norte de Santander; década 1920
Puente del Ferrocarril sobre río Pamplonita**



Cúcuta, Norte de Santander; año 2014; Puente de San Luis antiguo puente del Ferrocarril sobre río Pamplonita.



Cuando el puente Gaitán Durán se partió en dos. 1996.



Década de los años 70' del siglo XX, el puente Araujo sobre el río Pamplonita en el barrio San Luís que, permitía la continuidad de la carretera para automotores de la frontera hacia Cúcuta y viceversa.

Olaya Herrera concertadamente decidió desactivar la vía férrea a la frontera y utilizar el trayecto para construir la carretera de empalme entre San Antonio y Cúcuta.

A partir del 8 de octubre de 1.933, el puente ‘San Luís’ pasó a llamarse puente ‘Araujo’, al inaugurarla la carretera construida sobre la misma banca del ferrocarril, y su nombre fue en homenaje al ministro de Obras Públicas doctor Antonio Araujo Gaviria, quien acabó con esa línea del ferrocarril. Con el tiempo, debido al creciente tráfico automotor, los embates del río y las crecientes constantes en años atrás, se hizo necesario la construcción de un nuevo paso elevado, paralelo al existente, llevando al abandono el viejo puente metálico.

El 15 de diciembre de 1981, el presidente Julio César Turbay Ayala inauguró el nuevo puente Jorge Gaitán Durán, una imponente estructura de concreto de 180 metros de longitud y doble calzada, cuya construcción costó 50 millones de pesos, que, desde entonces ha unido a Cúcuta con San Antonio y posteriormente también con Ureña, facilitando la movilidad binacional y enlazando la avenida Libertadores con el barrio San Luís.

Este nuevo paso vehicular, reemplazó al histórico puente Araujo, la obra metálica importada desde Inglaterra, que aún hoy se conserva a un costado como testigo silencioso del pasado ferroviario de la región, pues como hemos dicho, sirvió originalmente a la desaparecida Compañía del Ferrocarril de Cúcuta como parte de la llamada Línea de La Frontera y posteriormente para la antigua carretera Cúcuta- San Antonio, por lo que se espera se mantenga como un monumento útil patrimonial.

“Pero no todo fue progreso, como titula en una pequeña reseña histórica publicada por redes sociales, en la memoria cucuteña aún retumba lo ocurrido el 11 de noviembre de 1996, cuando las fuertes lluvias y el desborda-



El puente Jorge Gaitán Durán fue inaugurado por el presidente Julio César Turbay

miento del río Pamplonita derribaron un tramo del puente Jorge Gaitán Durán, dejando interrumpido el tránsito y marcando uno de los momentos más críticos en la infraestructura de la frontera.

Gracias al valioso archivo familiar de don Luis Francisco Sánchez y a su hijo Francisco Javier Sánchez por rescatarlo, hoy contamos con un registro fotográfico único de aquel evento que partió la historia... y el puente”.

Referencias

- 1.- Libro Ferrocarril De Cúcuta-Patrimonio Ferroviario de Norte de Santander, Corporación Amigos del Patrimonio Nortesantandereano.
- 2.- Revista Semillas, N°72,- Venezuela Bajo el Sol, Juan Manuel Ramírez Pérez.
- 3.- Facebook, Otoño Noticias, Carolina Delgado.
- 4.- Facebook, Conozcamos a Cúcuta.



La ley de la selva

**IRENE VALLEJO**

Así funciona el mundo. La lucha por la vida es una batalla descarnada. O devoras o eres devorado. En la ley de la selva, solo los más duros y despiadados sobreviven. Lo repiten una y otra vez: la existencia es feroz; sus dientes, afilados; sus garras, inmisericordes. Los ideales igualitarios son cuentos para consumo —y beneficio— de los débiles, ficciones que disfrazan la cruda realidad. En la naturaleza salvaje no hay compasión, solo competencia. Y se escudan en la biología para justificar el individualismo agresivo, el desprecio a los frágiles, el elogio del más fuerte.

Sin embargo, la expresión “la ley de la selva” no tiene raíz científica sino literaria. Se popularizó gracias al éxito de *El libro de la selva*, de Rudyard Kipling. Las aventuras de Mowgli no son precisamente una descripción zoológica sino un conjunto de fábulas y, en su trasfondo histórico, una metáfo-

ra de las tensiones en la India colonial. Además, las normas que Baloo enseña al niño-lobo rechazan la crueldad y aspiran a que todos los miembros de la manada, fuertes o débiles, tengan alimentos suficientes para sobrevivir, se ayuden y se protejan. “He obedecido la Ley de la Selva”, afirma Mowgli, “y no hay ni uno de nuestros lobos al que no haya quitado una espina de las patas”.

A mediados del siglo XIX, Darwin había revolucionado la ciencia y las mentalidades con su teoría de la evolución. Sin embargo, otros pensadores traspasaron sus tesis —a veces de forma simplista— a la sociedad y la política. Thomas Henry Huxley, discípulo darwinista, publicó en 1888 un artículo que se convertiría en un manifiesto: La lucha por la existencia. En ámbitos académicos, se extendió el determinismo biológico: la medición de cráneos, el concepto de criminal nato e incluso se justificó el racismo con argumentos supuestamente científicos. Huxley escribió: “Ningún hombre racional, bien informado, cree en la igualdad del negro medio respecto del blanco medio; no puede medirse con su rival

de cerebro más grande y mandíbula más pequeña en una pugna ya no de dentelladas, sino de ideas”. Volvía a estar vigente la idea aristotélica de que el esclavo lo es por naturaleza. Según esta mirada implacable, la biología dividía el mundo entre aptos y no aptos, es decir, entre vencedores y perdedores: la desigualdad era el estado innato de la realidad. Aún seguimos presos de ese imaginario que encumbra a quien aplasta a los demás, y culpa a quien tiene el agua al cuello de sus propios males, por falta de cualidades para triunfar en la lucha libre de todos contra todos. Como si no existieran desventajas y privilegios inmerecidos. Como si la concentración de la riqueza en unas pocas manos fuese un mandato evolutivo.

La obra de Charles Dickens exploró los márgenes y las intemperies de la sociedad victoriana, tan moralista como despiadada. El padre del escritor fue condenado a pena de cárcel por deudas y, con solo diez años, Charles, para ayudar a mantener a una familia asfixiada por las dificultades económicas, entró a trabajar en una fábrica. Por unos pocos chelines al mes, encolaba etiquetas en

cajas hasta la extenuación. Ya adulto, convertido en novelista, denunció con ironía la muy conveniente idea de que los pobres son solo un daño colateral de la inevitable —y supuestamente leal— competición evolutiva. En su libro Oliver Twist, el protagonista, huérfano, recibe como alimento unas migajas y una nutritiva ingesta de frío gracias a la cual ocho de cada diez chiquillos internos morían de un resfriado. Cuando un buen día reúne valor para empuñar su escudilla y pedir una segunda ración a la hora del almuerzo, lo fulmina la mirada escandalizada del director del hospicio, que debe aferrarse al caldero para no caer de espaldas. “Estoy convencido de que ese niño acabará en la horca”, afirma durante la junta del orfanato otro rollizo caballero. Según los apóstoles de la objetividad científica de la época, Oliver acababa de rebelarse y, por tanto, revelarse como un delincuente de nacimiento.

Cuando el otro Charles —Darwin— escribió un nuevo libro, El origen del hombre y la selección en relación al sexo, dedicó amplio espacio al instinto social de ayuda, pero esta idea recibió menos atención que el concepto de la lucha por la vida. Entre 1862 y 1867, Piotr Kropotkin, con El origen de las especies en su mochila, participó en varias expediciones científicas para investigar las condiciones extremas de la tundra y la taiga siberiana. Concluyó que allí la colaboración es la estrategia vencedora de los grupos más capaces de superar las penalidades. Sin negar la realidad de la competencia, observó que los más aptos no son los más fuertes ni los más individualistas, sino quienes mejor se adaptan al entorno.

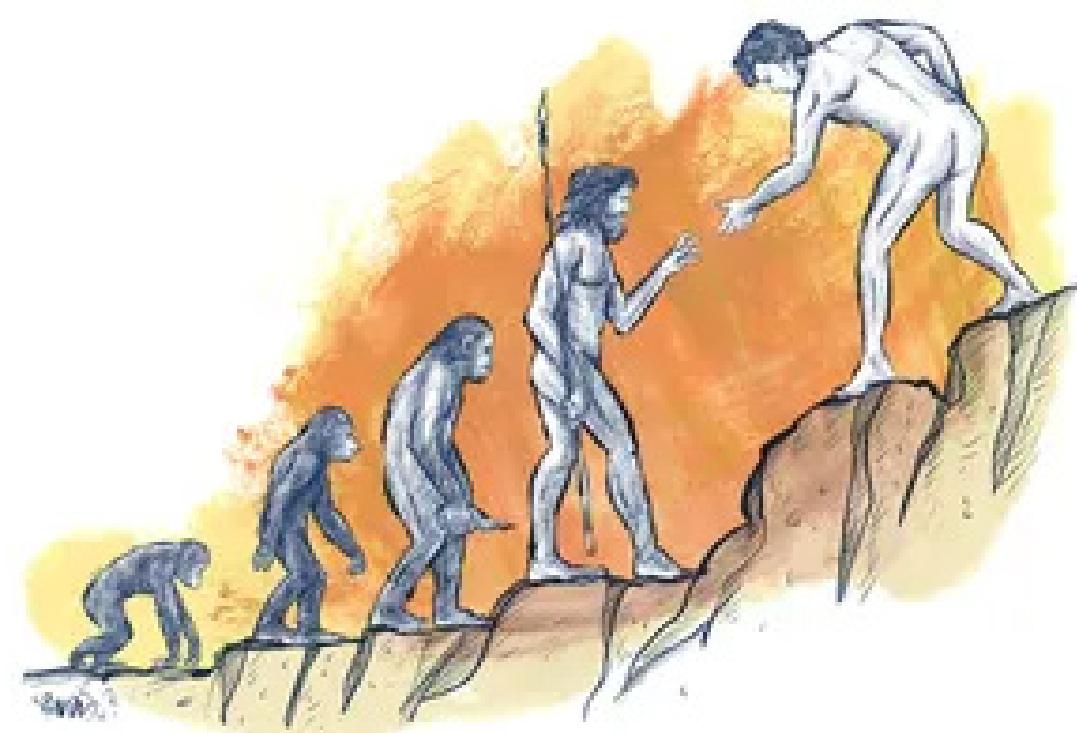
En su libro El apoyo mutuo. Un factor de evolución, escribe: “Las especies animales en las que la lucha entre los individuos ha sido reducida al mínimo y la práctica de la ayuda mutua ha alcanzado el máximo desarrollo son, invariablemente, las más numerosas, florecientes y aptas para el progreso”. Para el investigador anarquista, la solidaridad es también una forma de supervivencia.

En su reciente ensayo Génesis, el biólogo y naturalista Edward O. Wilson indaga en el misterio de esas especies eusociales, las que practican el nivel más alto de cooperación y altruismo. Primero fueron las termitas y las hormigas, que dominan la ecología del mundo de los insectos; millones de años después, nuestros antepasados homínidos. Aquí se plantea una de las cuestiones principales, no solo de la biología, sino de las humanidades: ¿cómo supera el grupo la aparente prioridad del éxito personal egoísta? ¿Por qué causas y cauces pudo surgir el altruismo por selección natural? Wilson afirma que la habilidad de colaborar bien es una gran ventaja adaptativa, que ha permitido a ciertas especies crear sociedades más sofisticadas. Estas estrategias forman parte de un entrenamiento al que los individuos están predispuestos genéticamente. “Puede que la eusocialidad se haya



logrado muy pocas veces durante toda la evolución, pero ha producido los niveles más avanzados de complejidad social. A los seres humanos nos convirtió en los administradores de la biosfera. La pregunta es si poseemos la inteligencia moral necesaria para cumplir con la tarea”. Aprender a cuidar y cooperar, también con los frágiles, nos vuelve más fuertes que la cruda lucha encarnizada.

Incluso el yo, expresión máxima del egoísmo, encierra en sí mismo multitudes que colaboran en delicado equilibrio. El biólogo molecular Carlos López Otín des-



LITERATURA

cribe en La levedad de las libélulas una “asombrosa fauna de bacterias, hongos, virus y parásitos que nos acompañan y ayudan en la aventura diaria de la supervivencia”. Nuestro organismo es un ejemplo andante de las ventajas de aliarse y las delicadísimas polifonías que sostienen la vida.

Cada individuo sano está habitado por billones de minúsculos forasteros. Si esa simbiosis se altera, enfermamos. Amanda Gorman les dedicó un poema: “La mitad de nuestro cuerpo no nos pertenece, navío de células no humanas. Para ellas somos un remolque, un país, un continente, un planeta. No, no me llames yo, mi nombre es nosotros”. Aunque imaginemos ser criaturas solas, somos enjambres. Si la ley de la selva existiera más allá de nuestras ficciones, uno de sus artículos principales sería la colaboración.



Preguntas fundamentales de fe

OPUS DEI

Cuando el cristiano vive de fe –con una fe que no sea mera palabra, sino realidad de oración personal–, la seguridad del amor divino se manifiesta en alegría, en libertad interior. Esos nudos que atenazan a veces el corazón, esos pesos que aplastan el alma se rompen y se disuelven. Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? Y la sonrisa viene enseñada a los labios. Un hijo de Dios, un cristiano que viva vida de fe, puede sufrir y llorar; puede tener motivos para dolerse; pero, para estar triste, no. Las riquezas de la fe

1. ¿Qué significa “Creo en Dios”?

La afirmación “Creo en Dios” es la más importante: la fuente de todas las demás verdades sobre el hombre y sobre el mundo y de toda la vida del que cree en Dios. Creer en Dios, significa creer lo que Dios ha revelado.

Dios, en su bondad y sabiduría, se revela al hombre. Por medio de acontecimientos y palabras, se revela a sí mismo y especialmente se ha dado a conocer a través del Verbo encarnado, su Hijo Jesucristo, hecho Hombre, para abrir el camino que lleva a gozar definitivamente de Dios en el Cielo.

En la práctica creer en Dios significa para el hombre adherirse a Dios mismo, confiando plenamente en Él y dando pleno asentimiento a todas las verdades por Él reveladas, porque Dios es la Verdad. Significa creer en un solo Dios en tres personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo.



2. ¿Cómo es Dios?

Dios es Uno y Trino. Un solo Dios y tres Personas divinas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. La Santísima Trinidad es el misterio de Dios en sí mismo, el misterio central de la fe y de la vida cristiana. Es la fuente de todos los otros misterios de la fe; es la luz que los ilumina.

Sólo Dios es, desde siempre y por siempre, el que transciende el mundo y la historia. Él es el creador de todas las cosas, quien ha hecho cielo y tierra. Él es el Dios fiel, siempre cercano a su pueblo para salvarlo. Él es el Santo por excelencia, «rico en misericordia» (Ef 2, 4), siempre dispuesto al perdón. Dios es el Ser espiritual, trascendente, omnipotente, eterno, personal y perfecto. Él es la verdad y el amor.

3. ¿Qué significa la Santísima Trinidad: Padre, Hijo, Espíritu Santo?

La fe católica es ésta: que veneremos un Dios en la Trinidad y la Trinidad en la unidad, no confundiéndolas Personas, ni separando las substancias; una es la persona del Padre, otra la del Hijo, otra la del Espíritu Santo; pero del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo una es la divini-

dad, igual la gloria, coeterna la majestad.

No hay más que un solo Dios, el Padre todopoderoso y su Hijo único y el Espíritu Santo.

4. ¿Qué consecuencias tiene creer en un solo Dios?

Creer en Dios, el Único, comporta: conocer su grandeza y majestad; vivir en acción de gracias; confiar siempre en Él, incluso en la adversidad; reconocer la unidad y la verdadera dignidad de todos los hombres, creados a imagen de Dios; usar rectamente de las cosas creadas por Él.

5. Si Creer es tener fe en Dios, ¿qué es la fe?

La fe, don gratuito de Dios, accesible a cuantos la piden humildemente, es la virtud sobrenatural necesaria para salvarse. El acto de fe es un acto humano, es decir un acto de la inteligencia del hombre, el cual, bajo el impulso de la voluntad movida por Dios, asiente libremente a la verdad divina. Además, la fe es cierta porque se fundamenta sobre la Palabra de Dios; «actúa por medio de la caridad» (Ga 5,6); y está en continuo crecimiento, gracias, particularmente, a la escucha de la Palabra de Dios y a la oración. Ella nos hace preguntar desde ahora el gozo del cielo.



OPUS DEI



El idiota perfecto

Juanito cumplió doce años y no tenía que ir al colegio. Había salido a vacaciones y, luego de arrojar el maletín que contenía tres cuadernos, dos tubos de plastilina, lápices de colores, el resto de un bizcocho y una cucaracha gorda y cachetona reía feliz. Pero la alegría duró un instante, pues lo interrumpió el grito de su madre. Al llegar al cuarto que ella ocupaba, desde la muerte de su marido, la vio terminando su toilette frente al espejo de cuerpo entero. Luego de acariciar con prisa su quijada, le espetó el instructivo. Fue entonces cuando Juanito oyó las palabras que marcarían las vacaciones: "Cariño, ve a la tienda y me traes el pan para mañana".

Luego, acércate a la fama y recoge la carne que dejé apartada ayer. Por último, te acercas a la zapatería y hablas con don Serafín. Pregúntale si ya están listas mis zapatillas de baile y que cuanto le debo". Juanito oyó el aluvión de palabras y no pareció conmoverse. Fue al principio, porque luego dibujó en su rostro la peor sonrisa del mundo. Con paso lento, abandonó la habitación mientras su progenitora canturreaba la canción de moda. Luego de pasar por su cuarto y calzarse un par de tenis salió a la calle.

Eran los fríos días de agosto, con viento incluido, aunque podría haber sido septiembre o cualquier otro mes, así que no le importó. Había andado veinte metros cuando la algarabía lo sacó de balance. Eran algunos compañeros de curso y amigos de la cuadra que corrían tras una pelota en un potrero vecino. No lo pensó dos



**EDUARDO YÁÑEZ
CANAL**



veces y al grito de Tarzán en la jungla, pidió un chance. No hubo inconveniente y al rato estaba cubierto de barro y con los zapatos chuecos de tanto darle al cuero.

Era la imagen de un niño feliz. Pero, par de horas después, de las casas vecinas empezaron a llamar a los niños y el juego terminó. Juanito había marcado tres dianas (léase, goles) y se sentía satisfecho. Relajado, recordó el mandado y se fue a la tienda, pasó por la carnicería y terminó en la zapatería. Sin embargo, antes de llegar a los tres destinos intercambió estampas de futbolistas con varios vecinos, escuchó par anécdotas de "Pajarito", el viejo mendigo, y se subió a un poste a intentar descolgar una cometa que llevaba meses haciendo ojitos. No pudo alcanzarla. Pero lo grave sucedió cuando en la tienda quiso pagar la compra del pan. Por más que buscó en uno y otro bolsillo y en la media de la pierna derecha no apareció el billete.

El tendero, condescendiente, lo dejó ir con la promesa de traer la plata al otro día. Pero Juan no estaba contento y se devolvió al escenario del fútbol y lo recorrió al milímetro. Vano esfuerzo, pues el dinero no estaba allí. Desmoralizado y con la bolsa del pan, otrora blanca, siguió adelante. Llegó a la fama y le dijo a don Anacleto, el carnicero, que venía por el encargo de su madre. El hombre estaba muy ocupado y solo le indicó, con un gesto de cabeza, que se acercara al grupo de bolsas que estaban sobre un tronco que servía, en otras ocasiones, de asiento. Tomó el que le pareció el más grueso y salió de allí. Una larga fila de perros callejeros empezó a seguirle hasta que el más atrevido le lanzó un tarascón. Sentirlo y jalar fue uno y el niño se vio enfrascado en un inesperado pugilato.

No salió bien librado, pues la camisa rota, ras-

guños en las mejillas y la carne llena de cortes indicaron que había perdido el combate. Faltaba la zapatería. Allí se dirigió con tal rostro de fatiga y maltrato que don Serafín, siempre amable, le trajo un vaso de agua y, con el mejor propósito, le habló de la filosofía del vivir y la santa resignación. Luego, se dirigió a su casa sin las zapatillas de la madre y el rostro abatido del mártir del Gólgota. Por ello, cuando la autora de sus días lo vio, soltó la mangueira de la aspiradora. Fue el primer acto, pues cuando la criatura del alma le dijo que había perdido la plata de pagar el pan, que los perros se habían comido la carne y que don Serafín era un hombre bueno sucedió el segundo acto: el grito al cielo de su mamacita hermosa, pues ella se agarró con desesperación la cabeza y echó a perder la toilette, el último peinado de moda, el que le había costado varias horas frente al espejo.

Sin embargo, cuando las cosas amenazaban con pasar a mayores, el infante despertó. Recordó que se llamaba Oscar, hijo de Juan y Estela, y estaba en el sofá de la sala, era medianoche y seguía imperturbable viendo una película en Netflix y tecleando en su celular para no perder un instante del último juego interactivo y el mensaje del influencer de moda. Ya su mamá hacía rato dormía en los brazos de Morfeo. Por fortuna, reflexionó, estaba en el siglo XXI, nada que ver con los juegos callejeros que su padre contaba una y otra vez, producto del orgullo, ya obsoleto, de un joven del siglo pasado. "¡Gas, fuchi fo!" susurró, mientras en su sonrisa se identificaba el idiota perfecto.





Murcia, una ciudad azul...

No de los aspectos característicos de Murcia es su habitual cielo azul y la brillante luz solar que impregna la ciudad y su huerta. Situada en el límite meridional de la zona templada, goza de un clima mediterráneo muy benigno, ya que la cercanía del mar actúa como amortiguador térmico.

Las temperaturas medias anuales en Murcia se mantienen en torno a los 18°C. Los inviernos son suaves, con una media en enero de 10.2°C y los veranos muy calurosos. Está situada al sudeste de la Península Ibérica. Es la capital de la Comunidad Autónoma del mismo nombre que, con una superficie de 11.317 kilómetros cuadrados, siendo además una de las siete ciudades más pobladas del territorio nacional. Su área metropolitana tiene una extensión de 881 kilómetros cuadrados.

La componen el casco urbano, con un núcleo central de 3 kilómetros, el casco antiguo con 1'5 km de diámetro y las 55 pedanías dependientes administrativamente



te del Ayuntamiento de Murcia, que engloban a la mitad de la población del municipio. La diversidad territorial es, por tanto, uno de los sellos de identidad de Murcia. La altitud media sobre el nivel del mar es de unos cuarenta y tres metros. El buen tiempo es un motivo más para planificar una visita en cualquier época del año.

